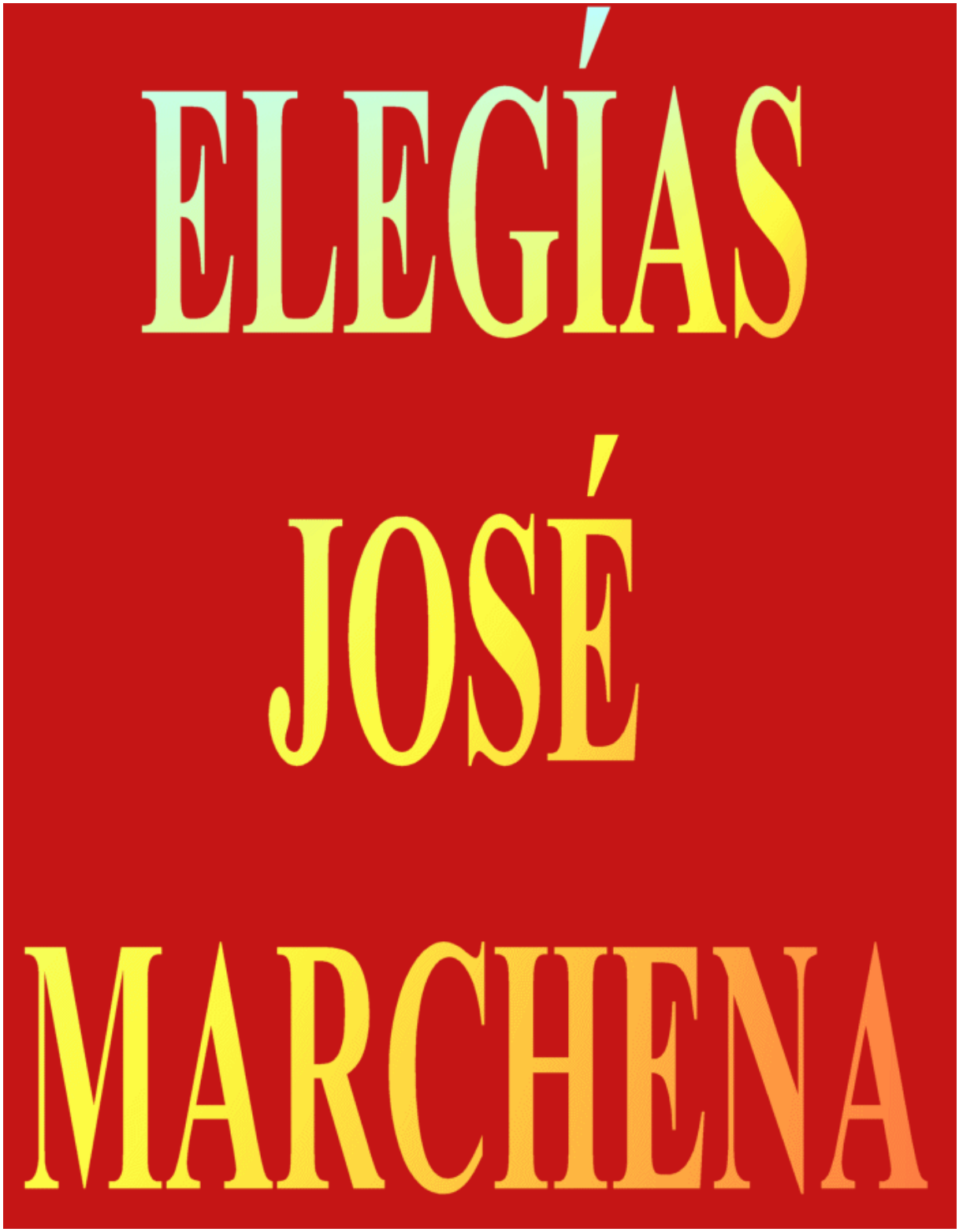
ELEGÍAS
JOSÉ MARCHENA



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Elegías

- I -

A Lícoris

Del airado Mavorte la crueza
¡oh! no cantes, mi lira, ni la insana
sed de sangre, el furor y la fiereza.
Mas di de Venus, reina soberana
de Pafos, el poder; di los amores
y de las Gracias la belleza humana.
Canta del dios vendado los loores,
de Cupido certero las doradas
flechas, su blanda risa, y sus favores.
Deja, Cupido santo, las preciadas
aras de Chipre, y en tu fuego ardiente
enciende mis entrañas frías y heladas.
¡Oh mil veces fatal ruego, imprudente
súplica, por mi mal bien acogida!
¡Oh condición de Amor cruda, inclemente!
Baja de Olimpo el pérfido, y fingida
piedad muestra en su rostro y apostura
dulce el falso, y sonrisa fementida.
«Del Betis a la orilla una hermosura
(amarla es tu destino eternamente)
te ofrezco; parte, corre a tu ventura».
Dijo y voló; yo loco encontinente
el Manzanares dejo, y desalado
al Betis corro con anhelo ardiente.
Ya no hay más libertad ¡ay! ya aherrojado
Lícoris en durísimas prisiones
me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.
Yo triste los pesados eslabones
arrastro, mientras que tormenta horrible
levantan en mi pecho las pasiones.
Amor en fuego ardiente, inextinguible,
me abrasa sin cesar; jamás la hoguera
aparta, que esquivar me es imposible;
que el crüel me persigue por doquiera,
cual cierva a quien fatal punta acerada
el costado rompió con llaga fiera;
que el monte, el llano corre la cuitada,
el doliente bramido al cielo alzando,
del rabioso dolor siempre aquejada.
Así mi cruda pena va aumentando
la aguda flecha con que Amor me ha herido,
siempre el enfermo pecho lastimando;
la imagen de Licoris, el bruñido
cabello de azabache, la alta frente,

el sonrosado labio, el cuello erguido,
y el hablar, y el reír suavemente
Amor grabó con punta de diamante
en el mezquino corazón doliente.
Mora Licoris en mi pecho amante,
Licoris mora en él; vos amadores,
de Gnido desertad la ara humeante.
Ved cuál la abandonaron los amores
y a Lícoris festivos rodeando
de guirnaldas la ciñen de mil flores.
El sangriento Cupido está aguzando
la inevitable flecha, y falsa risa
va por sus labios pérfidos vagando.
¿Quién de mi dulce bien vio la sonrisa,
y cantar pudo la ambición, la guerra
que los tronos trastorna, rompe y pisa?
Obra de un dios maligno es nuestra tierra;
el duelo la pasea de contino,
que todo bien lejos de sí destierra.
Y cuando el placer muestra su divino
rostro, nosotros necios le esquivamos,
¡oh del error efeto el más indino!
Que la flor de la vida así pasamos;
la vejez nos señala el tenebroso
ataúd, que en vano tristes evitamos.
Gusta, Lícoris mía, el delicioso
néctar de amor, agora que te es dado
del tiempo del placer nuestro envidioso,
y nunca sin desdicha despreciado.

- II -

A Amarilis

Soledad deliciosa, bosque umbrío
¡ay, cómo en tu retiro busco en vano
alivio al inmortal quebranto mío!
Me hirió de Amor la poderosa mano,
de Amor la flecha aguda envenenada
que contra mí lanzara el inhumano.
¡Oh mil veces feliz edad dorada
en que fue la ternura y la firmeza
del constante amador siempre premiada!
Agora al rendimiento, a la fineza
se retribuye indiferencia fría,
al obsequio humillado cruel dureza.
¿Qué mal dios en su cólera daría
el siempre infame honor a los mortales,
que tanto de natura los desvía?

Él el pudor nos trajo, él sus fatales
leyes a Amor impuso, y él los bienes
más dulces transformó en acerbos males.
De mi dulce enemiga los desdenes
el acaso los causa, y hace en llanto
mis ojos dos raudales ¡ay! perenes.
Sigue, Amarilis, de Cupido santo
las leyes, del amor sigue el sendero
exento de pesar y de quebranto.
Honor, de la natura comunero,
ejercite en el vulgo su tirana
dominación y su poder severo.
Tú escucha del Amor la soberana
voz, que al deleite agora te convida;
que esta la edad en su verdor lozana.
Huye la primavera de la vida
cual un ligero soplo, un breve instante,
y nunca torna si una vez es ida.
Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante
que agora sólo espira tus amores,
y que esquivas más dura que diamante,
Lejos huirá de ti; de adoradores
la turba que te cerca de contino,
cual brillo suele de caducas flores
tal desparecerá; que del destino
esta es la ley severa, inexorable;
éste de la hermosura el hado indino.
Tal la purpúrea rosa, que al amable
Céfiro abrió su seno, el soplo airado
del vendaval deshoja, y despreciable
yace y marchita en el florido prado.

- III -

La ausencia

De la eterna manida del lamento
pálidos habitantes, malhadados
reinos a do jamás cupo el contento,
no; jamás vuestros dioses enojados
tormentos inventaron que igualasen
la ausencia a que me fuerzan ¡ay! los hados.
No plugo al crudo cielo que bañasen
de Adur las ondas mis cenizas hiertas
y plácidos mis manes reposasen.
Yace aquí un amador, yacen sus muertas
esperanzas, el túmulo diría,
su fe constante, y sus finezas ciertas.
Tal vez sobre mi tumba lloraría

ceñido de ciprés un fiel amante
de su ingrata señora la falsía.
Mi sombra en torno del sepulcro errante
sus lloros enjugara, y su quebranto
compadeciera, y su penar constante.
Bella Minerva Aglae, de tu llanto
una lágrima acaso regaría
los huesos de quien vivo te amó tanto.
¡Oh, cuál de tu dolor ufana iría
mi alma a morar en los Elisios prados,
y mi ventura alegre cantaría!
Jamás del dulce Orfeo los acordados
tonos con mis canciones se igualaran;
y fueran otra vez embelesados
del Tártaro los monstruos, y cesaran
las ondas del Leteo su corriente,
y las tremendas Furias se aplacaran.
Mas ¡ay! de ti, mi dulce bien, ausente,
ronca suena mi lira, y triste lloro
vierten mis ojos hechos larga fuente.
Estos mis cantos son: Minerva adoro;
¿dó estás, Minerva Aglae? ¿no me entiendes?
Sólo se escucha el murmurar sonoro
del Sena, y mis sollozos; ¿y no atiendes,
ingrata, a mi dolor? ¿Y yo ando en vano?
¿Y tú mi fuego más y más enciendes?
En esto que de ti me hallo lejano,
Eco responde solo a mis querellas;
yo en llanto amargo me deshago insano.
¿Por qué la Fama, di, pregona bellas
de este Sena las Ninfas tan preciadas?
¿Junto a Minerva Aglae qué son ellas?
De su hermosura así son eclipsadas,
como del alma Venus la belleza
sus émulas confunde despechadas.
El duro Amor ceñido de crueza
la sigue a todas partes; con halagos
el falso va escondiendo su fiereza.
¡Guarte, mortales tristes! ¡Qué de estragos!
¡Cuántos de letal flecha son heridos!
¡Qué días les prepara Amor aciagos!
Llévate ¡oh deidad cruda! tus mentidos
favores, y tus glorias lisonjeras,
y tórname mis bienes ¡ay! perdidos;
¡Ay! tórname mi alma y paz primeras.

- IV -

Traducción de Tibulo

(Elegía primera del libro segundo)

Los frutos y los campos consagremos;
únanse vuestras voces a la mía,
y el rito antiguo alegres celebremos.
¡Oh Baco! ¡Oh santo dios de la alegría!
De pámpanos la frente coronada
ven; y tú, madre Ceres, tú le guía.
Repose el labrador y la cansada
tierra en el día solemne, y cuelgue ociosa
la dura reja a la labor usada.
Libres los bueyes sean de la penosa
coyunda, y sueltos pasten, coronados
de adelfa entrambos cuernos y de rosa.
Todos nuestros afanes sean sagrados;
matronas y doncellas en tal día
descansen de la rueca y los hilados.
¡Lejos del ara los que la ambrosía
en la pasada noche habéis gustado
y el néctar de la diosa de Idalía!
Pureza y castidad han agradado
siempre a los dioses; puro sea el vestido;
cada uno en lustral agua sea lavado.
Ved cuál al sacrificio conducido
el cándido escuadrón lleva al cordero,
y de lauro el cabello va ceñido.
Deidades tutelares del Hespero
suelo, a vos la labranza, y labradores
consagro; proteged ¡oh! mi lindero.
Fértil cosecha las frondosas flores
¡oh! no anuncien en vano; la inocente
oveja huya del lobo los furores.
Y el colono feliz, tranquilamente,
viendo sus trojes llenas, descuidado
y alegre al grande fuego se caliente.
De rústicos en torno rodeado
los verá en juego levantar contentos
chocillas con el mimbre más delgado.
Mas los dioses escuchan mis acentos;
ved, ved cuál de la víctima el dichoso
aspecto los anuncia al voto atentos.
Del padre Baco el néctar delicioso
traed, y en torno brindemos y bebamos,
ni entre un brindis y otro haya reposo.
Beodos el día festivo celebramos:
¡Oh Baco! honren la fiesta tus furores
santos, y ni caídos nos rindamos.
Mas cantemos del vino en los ardores
el nombre augusto de Mesala ausente,
de yedra coronados y de flores.
¡Oh vencedor de la aquitana gente,
noble Mesala! Tú que honras triunfante

a tu abuelo y remoto descendiente;
tú propicio me inspira, mientras cante
de los agrestes dioses los loores
al compás de la cítara sonante.
Los campos canto, y sus habitadores
celestes, que a trocar nos enseñaron
la bellota en manjares mil mejores.
De palma los primeros levantaron
al labrador la rústica cabaña,
y de agostada hierba la techaron.
Al formidable toro con la maña
astuta sujetaron al arado,
y al bosque confinaron la alimaña.
Entonces la manzana se ha ingertado,
y el seco huerto del humor sediento
en el amigo riego se ha empapado.
También el viñador pisó contento
en el ancho lagar la uva dorada,
cantando a Baco en armonioso acento.
El rico don de Ceres, la tostada
espiga de los campos la cogemos
cuando lanza el León llama abrasada.
Al campo la sabrosa miel debemos,
cuando a la abeja Hiblea sus panales
de agrestes flores fabricar la vemos.
Del rústico trabajo los mortales
fatigados cantaron dulcemente
cantilenas en versos desiguales;
y de la flauta al son plácidamente
celebraron en himnos las deidades
celestes y su brazo omnipotente.
Guió el grosero coro en las edades
de oro, de mosto el labrador teñido,
cantando de Lyeo las bondades.
El cabrito de Baco aborrecido
le dio el pastor en don, que entonces fuera
por el cabrón el hato conducido.
Ornó de agreste flor la cabellera
del lar antiguo el zagalejo ufano,
cuando colora el Mayo la pradera.
Pace la oveja el abundoso llano;
cubre el lomo el vellón, que de contino
de la doncella emplea la tierna mano.
La femenil labor del campo vino,
de do el huso, la rueca y el hilado,
al menos fuerte sexo útil destino.
Alguna que el trabajo ha fatigado
de ti canta, Minerva, las loores;
suena la lanzadera en tanto al lado.
En los amenos campos, entre flores,
entre el galán novillo y el ligero
potro nació también el dios de amores.
Aquí se ejercitó también el fiero
en lanzar el harpón ¡ay! diestramente,

tan penetrable agora, y tan certero.
Y no el ganado, la doncella siente
la cruda herida, y doma el inhumano
la condición del joven más valiente.
El oro desperdicia el mozo insano
por él; de su ingratísima aterido
ronda las puertas el cascado anciano;
y la doncella hermosa sin rüido
las plantas mueve, y frustra la cuidosa
madre que vela con atento oído.
Palpando por la estancia tenebrosa
camina a do la atiende el fiel amante,
y descansa en sus brazos amorosa.
Infeliz el que flecha penetrante
hirió de Amor, y bienaventurado
el que le vio este dios de buen talante.
Ven también a la fiesta, dios vendado;
mas lejos de nosotros ten tu ardiente
saeta; ¡ay! ten lejos el harpón dorado.
Cantad al dios de amor: abiertamente
le invoque cada uno a la majada,
y a su pecho le llame ocultamente,
o a voces el que quiera: ¿ya enredada
no veis la tropa en fuegos amorosos,
y la danza lasciva ya empezada?
Jugad, que los caballos tenebrosos
unce la noche; el escuadrón lucido
de astros ya la siguen silenciosos.
Y en pos viene el Morfeo adormecido,
que las alas batiendo tardamente
espira sueño, y deja en él sumido
el hombre y la alimaña juntamente.